

Texto **Pepe J. Prieto** Ilustración **Rubén García**

Todos pendientes de sus trajes, de cómo se miran, si lloran o simplemente se emocionan. Lo mismo podríamos decir de los bautizos, de las primeras comuniones o del doctorado, pero en los entierros no es tan evidente que el protagonista sea el muerto, aunque sea la causa directa o el objeto del entierro. Cuando vemos los entierros de los palestinos, tras una matanza, todos corriendo llevando en volandas los cuerpos, ¿a quién le importa sus nombres? Tras un terremoto o un tsunami, volvemos a ver decenas de muertos que son lanzados a una fosa por miedo al cólera y rápidamente cubiertos, lo importante es el acto de enterramiento, no los muertos, la mayoría de nosotros nada sabemos de ellos. ¿Y si se muere algún famoso, un cantante, una actriz, un escritor, un político o un Papa? Ahora sí, pensaréis, él es el protagonista; pero me temo que no. Lo relevante ya no es el muer-

¿Quién duda que los novios no son los protagonistas de la boda?

desconcierto

to, pues ni habla, ni canta, ni escribe, ni miente, ni roba, ni engaña, ni ama. Lo que será objeto y objetivo de todas las televisiones y reporteros gráficos será su ataúd, si está cerrado o abierto, si lo cubre alguna bandera, cuántas coronas y ramos le rodean, y sobre todo quiénes acuden a la capilla ardiente, pues a diferencia de las bodas no se reparten invitaciones, pero muchos no querrán perderse. Y los que van al entierro se sienten protagonistas y sabremos por ellos y por sus gestos, por cómo se muestran ante el féretro, la identidad del muerto. Al llegar a su presencia saludarán en alto o con el puño cerrado y sabremos de su ideología, y si inclinan la cabeza o hincan la rodilla en el suelo sabremos del respeto o la sumisión que le profesaban, y si abrazan y besan el ataúd seguro que es una madre y es el hijo quien está dentro, y si lanzan un beso al aire o depositan una flor lo más probable es que sea la amante o un admirador que vibró en sus conciertos o dejarán escapar una o muchas lágrimas o se santiguarán o se desmayarán en su presencia.

Hace poco vi una cola inmensa, de cuatro y cinco horas, formada por hombres y mujeres de todas las edades, aunque un número importante eran jóvenes, rostros de todos los colores, serios, risueños, expectantes, para pasar sólo unos pocos segundos delante del féretro, y un número importante de ellos

aprovechó ese único momento para levantar el brazo (en su mano portaban una cámara, un móvil) y apretar el botón para dejar grabada una foto, que iban mirando mientras se retiraban preocupados por cómo había quedado el encuadre, sin oportunidad de rectificar; habían escogido el visor de la máquina por la mirada directa, la que puede darte respuesta, la que te aflora algún sentimiento, la que te conecta directamente con el pasado y el presente en ese mismo instante ante lo que estás viendo. Dudo que algún día, pasados los años, puedan expresar de ese paso fugaz ante el féretro alguna emoción o hacer partícipe a alguien de un sentimiento, simplemente enseñarán "su foto" para demostrar que estuvieron allí. Tantas horas sólo por una foto, cuando por todas partes tenían fotos en directo. He sentido perplejidad, desconcierto, y sigo pensando que una cámara nunca podrá sustituir a los ojos del alma, si así fuese, seríamos nosotros los muertos.

